

que alquilaba al Tracio Sosia con la condicion de pagarle un óbolo líquido por cada uno al dia, y devolverle igual número de hombres. Hipónico tenia seiscientos que cedia con las mismas condiciones y le rentaban una mina diaria (περί προσόδων IV). Pero de aquí no puede deducirse que hubiera un número excesivo de esclavos, sino que se especulaba con ellos como con otra cualquiera mercancía, habiendo esclavos de alquiler (μιστοβοι, ὁ ἀνδράποδα μιστοφοροῦντα) para la siega, para la sementera, para las minas, ó para el servicio de quien no tenia ninguno ó tenia pocos. Según Aristófanes (*Nubes*, vs. 24 y 1227), un caballo costaba doce minas (1); y en Demóstenes vemos que su padre prestó á Meriades cuarenta minas, recibiendo en prendas veinte esclavos; lo que quiere decir que cada esclavo valia dos minas. Este alquiler de hombres daba bastante provecho. En efecto, un esclavo laborioso valia de doscientas á doscientas cincuenta dracmas. Añadámos el interes del diez por ciento del capital vitalicio, y hallaremos que cada esclavo, cuando mas, tenia el valor de doscientas sesenta y cinco dracmas, ó sean mil seiscientos cincuenta óbolos. Hemos visto que redituaban un óbolo diario; y sabemos por otro lado que no se excluía ningun dia: de aquí resulta, que el producto líquido de mil seiscientos cincuenta óbolos eran trescientos sesenta y cinco, esto es, el veintidos por ciento.

Otras razones aduce Letronne para sostener que los esclavos no pasaban en el Ática de ceinto veinte mil. Le parece que no era posible mantener en subordinacion un número mayor, atendida la facilidad que tenían para refugiarse en su vecina patria. Pero que un solo jefe tenga en subordinacion á centenares de hombres, no es cosa tan extraña ni aun en las sociedades modernas y entre gentes no esclavas. Ademas hemos visto muy numerosos ejércitos sacados del solar nativo y lanzados á morir á centenares de leguas léjos de la patria, solo por la voluntad de un solo hombre. Por otra parte, en los Estados griegos era de derecho público no dar asilo en un país á los esclavos de otro; y sabemos que ocasionaba graves quejas la infraccion de esta ley. Verdad es que en las guerras se les excitaba á sublevarse, pero no para restituirles la libertad, la cual no se concedia sino á los que pertenecian al estado beligerante. Sin recurrir á ejemplos lejanos, hemos visto en la última revolucion de Polonia excitar á los campesinos á la insurreccion, y sin embargo, una de las primeras providencias que se tomaron fué que no se hablase de la emancipacion de los siervos.

Continúa Letronne asegurando que en las minas del monte Laurio no debian de ocuparse mas que de diez á doce mil esclavos. Para ver la utilidad que se sacaba de estos, haremos el cálculo por lo que gastaba el Tracio Sosia á quien Nicias daba mil en alquiler.

Sosia pagaba un óbolo por dia, ó sea en un año . . . . .	360,000
Calculemos en 3 1/2 por ciento los gastos de enfermedades y eventualidades de muerte . . . . .	50,000
Por mantenimiento, un óbolo á lo ménos. El 25 por ciento del producto en gastos de combustible, etc. . . . .	360,000 200,000
Total de gastos . . . . .	970,000
Ó sean dracmas . . . . .	162,000

¿Cuánto ganaba? En las fábricas de Demóstenes, treinta y tres esclavos producian tres mil dracmas líquidas al año, esto es, noventa dracmas por esclavo: otros veinte esclavos de ménos valor, sesenta dracmas cada uno; término medio, setenta y cinco. En la fábrica

(1) Doce minas vienen á ser novecientos diez y seis francos, y según el valor que hoy tiene la moneda, tres mil seiscientos; precio excesivo para un caballo, y véase por qué los Atenienses tenían tan poca caballería.

de Timarco, algunos ganaban tres óbolos al dia, ó ciento cincuenta dracmas al año; otros dos óbolos ó cien dracmas; término medio, ciento veinte y cinco; término medio de los cuatro productos, cien dracmas. No ménos de este último valor debian de producir las minas al empresario. Deberemos, pues, añadir á las ciento sesenta y dos mil dracmas ántes sumadas cien mil, para sacar el producto bruto de una mina laboreada por mil esclavos, y tendremos que este producto ascendia á doscientas sesenta y dos mil dracmas, ó sean mil ciento cuarenta y siete kilogramos, ó lo que es lo mismo cuatro mil seiscientos sesenta marcos de plata. Cada esclavo debia por consiguiente á lo ménos extraer y limpiar cuatro marcos y dos tercios de plata; (hoy se tienen tres veces y média mas: las minas de Himmelsfurst en Sajonia, laboreadas por setecientos operarios, producen diez mil marcos, esto es, catorce y dos séptimos por cabeza). Si, según Ateneo, se empleaban cuatrocientos mil esclavos, debian sacar al año un millon ochocientos sesenta y seis mil marcos de plata. Cuán exorbitante sea esto, se comprende al saber que las famosas minas del Potosí, de 1779 á 1789, produjeron al año cuatrocientos seis mil setecientos cincuenta marcos de los nuestros, ó sea 1/4 de los áticos. Las de Méjico, desde el principio del siglo XVIII en adelante, no dieron mas que seiscientos mil marcos, ya de oro, ya de plata. (V. Humboldt, II, p. 622.634.499.) Todas las minas juntas del Nuevo Mundo no producen al año sino tres millones doscientos cincuenta mil marcos desde el principio de este siglo. Todas las de Europa no dan mas que doscientos quince mil marcos.

Esto nos lleva inevitablemente á creer exagerado el cómputo de Ateneo, si bien no es dato tan seguro para conocer la poblacion del Ática, la cual desde la guerra de Peloponeso á la batalla de Queronea quedó reducida, según Letronne, á este cortísimo número:

Atenienses . . . . .	70,000
Metecos . . . . .	40,000
Esclavos . . . . .	110,000
Total . . . . .	220,000

y ademas tal vez unos veinte mil extranjeros. Poblacion menor que la de muchísimas ciudades actuales: y ¡sin embargo, cuán grandes cosas llevó á cabo!

(E) pág. 516.

#### HERODOTO.

De esta manera se expresa SCHÖLL en su *Historia de la literatura griega profana*, LIBRO III, c. 17, al tratar de la veracidad de Herodoto.

— Herodoto, poeta en sus ideas y en su estilo, es también historiador por su amor á la verdad. Refiere siempre con lisura y exactitud no solamente los hechos que pudo conocer por sí mismo, sino también aquellos que en sus viajes le contaron, á menudo sin exponer su opinion, y contentándose con manifestar sus dudas. Por tanto, atendida la época en que escribió, época en la cual la crítica filosófica, las ciencias naturales y la geografía estaban en la infancia, no ha habido razon para presentar como sospechosa la veracidad de este autor ni para darle el epíteto de historiador fabuloso. Entre los antiguos, Harpocracion escribió acerca de las mentiras que se hallan en la historia de Herodoto, pero ignoramos cuales eran los cargos que este retórico dirigió al padre de la Historia, pues que su disertacion citada por Suidas no ha llegado hasta nosotros. Plutarco en un tratado que se ha conservado y que es mas sutil que persuasivo, lo acusa de haber hecho traicion á la verdad; pero un académico francés le ha defendido contra estos ataques, los cuales hoy dia están reconocidos generalmente como infundados. Los viajes de los modernos han confirmado un gran número de relaciones que antiguamente pasaban por fábulas, ó

han dado á conocer las causas que pudieron inducir á error á este escritor: porque las mismas fábulas que su historia contiene, son un testimonio de su amor á la verdad. « Tal es (dice Volney) el destino singular de Herodoto, que despues de haber sido mal juzgado por los antiguos, la estimacion con que se miran sus obras entre los modernos ha ido aumentándose sucesivamente, á medida que se han ido adquiriendo mayores noticias acerca de los países de que trató. Todos los que han viajado por Egipto están acordes en decir que no puede darse un cuadro mas exacto, mas correcto ni mas sublime que el trazado por Herodoto; el cual por haber sido en general demasiado superior á las nociones vulgares, tuvo entre los antiguos menor estimacion que los escritores de inferior escala. »

No es nuestro intento justificar enteramente á Herodoto de la acusacion de credulidad que se le ha hecho, pues que acaso la merece: lo que pretendemos demostrar es que este mismo defecto, atendida la época, tiene su disculpa en la causa que lo produjo; porque siendo Herodoto un hombre verdaderamente piadoso, este sentimiento de que estaba llena su alma lo llevaba á creer todo lo que tocaba á la religion, ó lo que le daban como verdadero los sacerdotes, intérpretes de los dioses.

Es también probable que el amor patrio y el entusiasmo que le inspiraban las victorias de sus compatriotas, obtenidas contra los Persas, le indujesen á veces á dar demasiado crédito á algunos relatos exagerados.

Herodoto ha tenido en nuestros dias dos nuevos antagonistas en Chahan de Cirbied y F. Martin, autores de las *Recherches curieuses sur l'histoire ancienne de l'Asie*, sacadas de manuscritos orientales de la Biblioteca imperial; Paris, 1806, en 8º. Estos le contraponen el testimonio de Mar-Ibas-Cadina, hermano y secretario de Valarsáces, rey de Armenia, desde el año 152 al 130 á. de C., autor que compuso una historia de la Armenia. Este escritor pretende haber hallado en los archivos de Nínive la version griega, hecha por orden de Alejandro el Grande, de una obra caldea de la mas remota antigüedad. La historia de Mar-Ibas-Cadina ya no existe; pero ha sido el manantial de donde han tomado la materia los otros historiadores armenios, Moises de Khoren en el siglo V, y Juan Católico en el X. Los autores oponen á Herodoto los relatos de estos historiadores; pero tales relatos están por sí mismos tan desnudos de crítica, que nos parece que la opinion de Chahan de Cirbied y de Martin no hallará muchos adictos. No esperan ellos seguramente encontrarlos, pues en la pág. 305 confiesan que Mar-Ibas-Cadina no hace sino relatos fabulosos en los capítulos 5, 25, 26, 32 y algunos otros pasajes citados en el libro primero de Moises de Khoren que contiene toda la historia crítica de Armenia hasta el tiempo de los Partos. Por otro lado quieren excusarle diciendo que él mismo confiesa que no refiere tales tradiciones sino como fábulas, y no como historias verdaderas. Despues de tan ingenua confesion, puede decirse que las 304 primeras páginas de las *Recherches curieuses* no son mas que una burla. — Hasta aquí Scholl.

« Herodoto (dice el abate Guinoz), se propuso dar á conocer todos los acontecimientos memorables que habian ocurrido entre los hombres, y señaladamente las contiendas y los grandes hechos de los Griegos y de los Bárbaros. Esta proposicion tiene dos partes: la primera comprende los orígenes y las antigüedades de las naciones, los usos y costumbres de todos los pueblos conocidos, la descripcion geográfica, y con frecuencia la historia del país que habitaban aquellos; en una palabra, la historia universal del género humano: la segunda tiene por objeto una guerra particular entre dos naciones en todo tiempo rivales; en otros términos, es una historia de las luchas de los Griegos con los Persas, historia que empieza en el rei-

nado de Ciro, y termina con la narracion de las batallas de Platea y de Micala, en que fueron derrotados los ejércitos de Jérges, lo cual comprende un espacio de cerca de noventa años.

» ¿Qué hace Herodoto para realizar estos dos objetos? No empieza como, por ejemplo, Diodoro de Sicilia ó los compiladores de historias universales, desde el desenvolvimiento del caos, desde el origen de los hombres, desde el reinado de los dioses en la tierra, ni desde los sucesos ocurridos en los primeros dias del mundo, sino que comienza con una breve exposicion de las injurias recíprocas que enemistaron á los Griegos y los Bárbaros, y que fueron, digámoslo así, las causas de las grandes guerras cuya narracion emprende. En seguida traslada de repente al lector al reinado de Cresos, rey de Lidia; refiere la desgraciada empresa de este príncipe contra Ciro, fundador de la monarquía persa, y de allí se adelanta siguiendo á Ciro y á los reyes que le sucedieron en sus diversas expediciones. Y como estos conquistadores llevaron sucesivamente sus armas contra todas las naciones conocidas, tanto del Asia como de la Europa y del Africa, el hilo de la narracion ofrece al historiador algunas ocasiones naturales para describir las leyes, la religion, las costumbres y antigüedades de tales naciones, y para dar á conocer los diversos monumentos y las producciones de la naturaleza, propias de cada país. De este modo la historia general de las naciones y la descripcion geográfica del universo se ven incluidas á manera de episodios en la historia particular de los reyes de Persia, y se hallan esparcidas á retazos en diferentes lugares. Estos retazos, colocados á justa distancia unos de otros, son como otros tantos puntos de reposo, en que el ánimo de los lectores, recreándose en la contemplacion de tantos objetos diversos, está léjos del cansancio que le hubieran causado una larga relacion histórica, y la necesidad de fijar su atencion continuamente en unos mismos objetos. Finalmente, de dichas digresiones nace la variedad, la cual es el alma y la vida, así de la Historia como de la Poesía.

» Con este arte ha sabido Herodoto imitar el plan general de la Iliada en la colocacion de las diferentes partes de su historia. La relacion de las conquistas y de las empresas de los reyes de Persia sirve para el mismo objeto en la historia de Herodoto que la relacion de los efectos de la ira de Aquiles en el poema de la Iliada; siendo casi una cadena, á cuyos eslabones el historiador añade las descripciones de mayor importancia, las instrucciones mas útiles, las observaciones mas curiosas, en suma, todo cuanto la vida del hombre y el espectáculo del universo tienen de mas agradable y maravilloso. »

Véase ahora lo que dice sobre este punto Lermínier: « Sea cual fuere el momento en que resolvió Herodoto escribir, no quiso dar colorido á su dibujo sino despues de haber ordenado, mediante larga reflexion, los infinitos materiales de su historia. Su plan es sencillo, firme su marcha, y el fin evidéntísimo. La unidad dramática de su argumento no es un obstáculo para las cosas inmensas que tiene que referir; antes por el contrario, le imprime una forma fácil y le da un esplendor heróico. La guerra de los Persas contra los Griegos es la unidad de Herodoto. Toma por guia, al principiar su historia, la espada de Ciro y camina siguiendo las huellas de este conquistador. Entre las prosperidades de Cresos y de las monarquías lidias, hace intervenir oportuna y forzosamente al padre de Cambises, y una vez presentado Ciro en la escena con toda pompa, nos enseña su historia y la de sus Persas. Entónces conocemos á los Medos, el reinado de Deyóces, la construccion de Ecbatana. Deyóces tiene por sucesores á Fraórtés, Ciajares y Astiáges, padre de Ciro; y de este modo volvemos otra vez al conquistador, que llega á ser dueño de toda el Asia Superior, sobre la cual los Medos habian reinado

ciento veinte años. Herodoto refiere las instituciones y leyes de los Persas. Los Jonios y los Eolios, oyendo las victorias de los Persas sobre los Lidios, ofrecen a Ciro someterse, y aquí entra ya la historia de la liga jónica, y de las primeras relaciones de los Lacedemonios con el Asia. Ciro, después de haber sometido el Asia Menor con el brazo de sus generales, piensa en la conquista de la Asiria; con este motivo Herodoto nos lleva a Babilonia. El monarca persa enseñoreado de esta magnífica ciudad, que el historiador nos describe minuciosamente, se prepara para una expedición contra los Masagetas, y en ella muere; pero después de su muerte, el hilo no se rompe entre las manos del historiador, porque Cambises, hijo de Ciro, le conduce a Egipto. Ya tenemos por primera vez descubierto el Egipto por un Griego: el historiador teje una historia de este país, que forma la admiración del guerrero y al mismo tiempo la del erudito. Después de Egipto, siempre siguiendo las huellas de Cambises, encontramos la Arabia con sus perfumes, su incienso y su mirra, y la Etiopía con su metrópoli Meroe, cuyas ruinas han sido visitadas en nuestros días por un viajero francés, el valiente Caillaud. La India es citada también por Herodoto.

» Pero no nos separemos de los Persas, los cuales tienen la misión de conducirnos al través de la Historia. Darío, hijo de Histáspes, después de haber dividido su imperio en veinte satrapías, invade el país de los Escitas. El historiador aquí se halla en un mundo nuevo, que explora con vivísima curiosidad, y enumerando las diversas poblaciones escitas y los países que habitan, aprovecha la ocasión de hacer una descripción de la tierra, y se detiene a tratar alguna vez explícitamente de las costumbres y de los usos de aquellos habitantes. Entretanto Darío, después de haber estado a riesgo de perecer en aquella expedición, vuelve a Tracia pasando el puente que el Jonio Histieo no quiso destruir: y aquí hallamos algunos informes interesantes sobre la constitución política de los Jonios.

» Otra expedición de los Persas nos conduce a Libia, y aprendemos el origen del reino de Cirene, y la originalidad de los diversos pueblos libios. Megabises, general de Darío, nos acompaña a Tracia; llega a Macedonia, y pide en nombre de su Señor el fuego y el agua: posteriormente Filipo y Alejandro contestarán a otro Darío sobre esta demanda. Nos vamos acercando al momento en que por fin nos veremos envueltos en los disturbios de las repúblicas griegas. Aristágoras, a quien Histieo había encargado el gobierno de Mileto durante su ausencia, subleva la Jonia contra los Persas, da la libertad a los Jonios, establece la democracia en la mayor parte de las ciudades, y se traslada a Esparta para pedir socorro. Esparta se lo niega, y entonces Aristágoras se dirige a Atenas. Estupenda digresión sobre la historia de Atenas. Aristágoras recibe un socorro de veinte buques de guerra, y véase aquí el origen de la que estalló entre Griegos y Bárbaros.

» Los Atenienses incendian a Sárdis: modo de atraerse las miradas de Darío. La guerra se hace general entre Persas y Jonios, los cuales al fin sucumben. Darío entonces envía a pedir la tierra y el agua Grecia. Egina se rinde sometida: Atenas acusa a Egina en Esparta. Herodoto aquí entra en largas y minuciosas exposiciones con respecto al rey de Esparta, a sus derechos en tiempo de paz, y a las instituciones de los Lacedemonios. Datis y Artafénes zarpan hacia Grecia con una escuadra numerosa: llegan a Eubea y se apoderan de Carista y de Eretria: jornada de Maraton.

» Jérges, sucesor de Darío, emplea cuatro años en preparar una expedición inmensa contra los Griegos. Herodoto enumera todas las naciones que suministran soldados a la infantería y a la caballería de los ejércitos, y buques y hombres a la escuadra. Puede com-

pararse esta descripción a la reseña de Homero en la Iliada.

» Jérges corre hacia Grecia, y refuerza sus filas con soldados reclutados en todos los países que atraviesa. Los Griegos por su parte piensan defenderse: los Atenienses, a instigación de Temístocles, resuelven hacerse fuertes en el mar. Esparta y Atenas mandan a pedir auxilios a Gelon, tirano de Siracusa, quien exige en cambio el mando de los ejércitos de mar y tierra. Los Atenienses replican que no pueden conceder la preeminencia sino a los Espartanos; y la Sicilia deja de acudir al auxilio de la Grecia. Las gargantas de las Termópilas y el estrecho de Artemisio son los dos puntos elegidos por los diputados de la Confederación griega como mas a propósito para la resistencia. Herodoto refiere de la manera mas ingeniosa el heroísmo sereno y sencillo de los Lacedemonios en las Termópilas.

» El libro octavo, llamado *Urania*, refiere el combate de Salamina. El valor, la prudencia y el ingenio de Temístocles y de Atenas se ostentan aquí sobremanera. Jérges se retira al Helesponto, dejando en Grecia a Mardonio con trescientos mil hombres. Mardonio toma por segunda vez a Atenas y se retira de Atica a Beocia. Los Griegos van a apostarse a Eritrea al frente de los Bárbaros. A la descripción de la batalla de Platea sigue la de la victoria de Micala, obtenida en el mismo día: después Herodoto refiere con amarga ironía una anécdota de corte, sobre los amores de Jérges; y por fin, con la toma de Sesto, conseguida por los Atenienses, concluye su grande historia.

» El método seguido por Herodoto es sencillo y regular: principia con el origen de los Persas; los sigue y acompaña hasta su encuentro con los Griegos; y a favor de sus conquistas abraza el mundo, al paso que realza la gloria de los vencedores. Esquilo no halló expediente mas dramático para captarse la benevolencia de los Atenienses, que el mostrarles las lágrimas y el dolor de los Persas. Herodoto no podía instruir y celebrar a la Grecia de mejor modo que poniendo a su gloria por vía de introducción la historia del Asia.

» ¡Cuántas cosas no envuelve en su narración! Aquí echamos de ver que por primera vez han sido dignamente escritas las cosas humanas, y que quien las expone, mal podría resolverse a omitir nada curioso y esencial: ¡de tal manera lo reúne todo el historiador en la urdimbre de su narración! Descripciones de lugares y de fenómenos de la naturaleza; pinturas de costumbres; cuadros de tradiciones, de usos y de leyes; nada ha dejado en olvido. Parece un general experto, obligado a conducir un ejército inmenso, y que sin desviarse de su camino consigue llegar con todo él al punto a que se dirige. Causa maravilla el ver cuántos hechos ha sabido reunir Herodoto en una historia que no excede de las proporciones modernas de dos tomos regulares; y verdaderamente merece la alabanza que le tributa Escaligero y que con tanta satisfacción repite el presidente Bouhier: *Herodotus, vetustissimus omnium solute orationis scriptorum qui hodie extant, scrinium originum Græcarum et Barbararum, auctor est à doctis nunquam deponendus, à semidoctis et pedagogis et similibus nunquam tractandus.* (Herodoto, el mas antiguo de cuantos prosistas han florecido hasta ahora, verdadero tesoro de los orígenes griegos y bárbaros, es autor que los doctos nunca deben dejar de las manos y que jamas deben tocar ni los semidoctos, ni los pedantes, ni los imitadores serviles.) Escaligero en este elogio presenta una muestra elocuente de la exactitud y del ardor que empleaba al tratar aquel ramo de erudición para él mas preferente.

» Desde largo tiempo se ha notado que la historia natural y la geografía son deudoras de preciosas noticias a Herodoto; pero la historia de las leyes y de

las instituciones sociales no están menos obligadas al escritor de Caria. Hallamos, en efecto, en sus libros (para no indicar sino las materias principales) las costumbres y leyes de los Persas, de los Babilonios y de los Masagetas; las leyes de Egipto, cuya historia sustancial está maravillosamente compendiada en breves límites; algunos pormenores sobre los Indios; las costumbres y los usos de los Escitas, de los Lidios y de los Tracios; la historia de las revoluciones democráticas de Atenas y de las instituciones de Clístenes; y varias noticias raras sobre Esparta, sus reyes y su legislación.

» Difícil sería explicar el silencio que guarda Herodoto acerca de Cartago. Cuando en el libro séptimo nos cuenta la embajada de los Atenienses a Gelon, para implorar socorros contra el enemigo común, tropieza en todo su camino con los Cartagineses, porque menciona la opinión común entre los Sicilianos, de que Gelon habría socorrido a la Grecia, si a la sazón no hubiese amenazado a Sicilia el Cartaginés Amilcar con un ejército de trescientos mil hombres, compuesto de Fenicios, Iberos, Libios y Ligios. Esta era a mi parecer una de aquellas ocasiones tan apetecidas de Herodoto, para referir como de paso el origen y los destinos de un gran pueblo: y sin embargo, persevera en callar sobre Cartago. Quizá habiendo llegado su historia al momento en que el Persa y el Griego estaban frente a frente, no quiso que un nuevo episodio viniese a interrumpir su narración y a suspender de esta manera el efecto de los grandes sucesos que iba a referir.

» Si queremos persuadirnos todavía mas de la alta estimación que merece el historiador de Halicarnaso, comparémoslo con el que viene después de él, y que parece creado para engrandecerlo. Ctésias, natural de Gnido, donde probablemente acabó sus días, se halló en la expedición de Ciro el Joven contra su hermano Artajérjes Mnemon: hecho prisionero, debió el favor de Artajérjes a su saber en medicina; se dice que vivió diez y siete años en la corte del rey de Persia; y escribió una historia de este país en veintitres libros, y otra de la India en un libro.

» Esta última obra que conocemos solo por un extracto de Focio en su *Biblioteca*, es un farrago de ideas extrañas y de necias ocurrencias. En ella vemos una fuente que cada año se llena de oro líquido, y este se coge con vasijas de barro, porque endureciéndose el oro, es necesario romperlas para poder extraerlo después. Allí se encuentra un monstruo, el Mastigora, que tiene la cara de hombre, el tamaño del león y la piel roja como el cinabrio. En fin, allí se cuenta la maravillosa historia siguiente: En las montañas de la India donde crecen las cañas, hay una nación de cerca de treinta mil hombres, cuyas mujeres paren una sola vez durante su vida. En esta nación los hijos nacen con bellísimos dientes en las quijadas: los varones y las hembras tienen desde su nacimiento blancos los cabellos y las cejas; hasta la edad de treinta años, los hombres tienen blancos los pelos de todo el cuerpo; pero a esta edad comienzan a ennegrecer, y cuando están próximos a los sesenta años, sus cabellos son enteramente negros. Los mismos, hombres y mujeres, tienen ocho dedos en cada mano y otros tantos en cada pié. Son pequesísimos y el rey de los Indios en sus correrías militares va siempre acompañado de cinco mil de estos, así arqueros como ballesteros: tienen tan largas las orejas, que se tocan la una con la otra, de modo que con ellas se cubren la espalda y los brazos hasta los codos.

» Ctésias es imperturbable para contar fábulas; protesta haber visto por sus propios ojos hechos iguales a los que refiere y asegura que si no temiese la tacha de falso escribiendo cosas increíbles, hubiera contado historias aun mas maravillosas.

» Era ménos fácil disfrazar tan risiblemente la historia de los Persas, que no solo en la parte referente a la vida política, sino también en la relativa a la vida interior, iba siendo cada vez mas familiar a los Grie-

gos. Según dice Focio, en un segundo extracto, la historia persa de Ctésias contenía veintitres libros. Los seis primeros trataban de los sucesos de la Asiria y de todo cuanto había precedido al imperio de los Persas. Ctésias empezaba en el séptimo la historia de este pueblo. En este mismo libro, en el octavo, noveno, décimo, undécimo, duodécimo y decimotercio, recorría la historia de Ciro, de Cambises, de los Magos, de Darío y de Jérges. Luego proseguía su narración, hasta los sucesos de que fué contemporáneo y espectador; hablaba de su persona al llegar a Gnido, su patria; de su viaje a Esparta, de su traslación de esta ciudad a Ródas, partiendo de Eteso para Bactria, y en fin, de su llegada a la India, terminando su libro con el catálogo de reyes desde Nino y Semíramis hasta Artajérjes.

» El médico de Gnido no perdona ocasión no solo de contradecir a Herodoto, sino también de injuriarlo: vanidad necia en un hombre tan ligero para escribir las mayores extravagancias. ¡Qué abismo entre Ctésias y Herodoto! Ctésias, posterior a este, no ha pasado de las formas de la crítica primitiva; y en cuanto a la manera de escribir y de contar, se asemeja en todo y por todo a los escritores mas antiguos, a Heateo de Mileto, a Ferecidas de Lero, a Caron de Lampsaco, a aquellos cronistas antiguos cuyo método hallamos explicado en Dionisio de Halicarnaso con estas palabras: « Los unos referían las historias de los Griegos, los otros las de los Bárbaros, sin ponerlas en armonía; antes al contrario, las segregaban por ciudades y por naciones. Su único fin era dar a conocer los escritos ó monumentos conservados en cada país, ya en los templos, ya en los demas lugares públicos, como los encontraban, sin añadir ni quitar cosa alguna a estos monumentos, que contenían fábulas acreditadas desde largo tiempo y catástrofes que hoy juzgaríamos pueriles. » Por poca fe que tengamos en la crítica de Dionisio de Halicarnaso, podemos sin embargo creerlo en esta descripción de las antiguas crónicas; y con tanta mas razón cuanto que se halla en esto apoyado por Ciceron, el cual comparando los primeros historiadores griegos con Caton, Fabio Pictor y Pison, dice que en las dos naciones se contentaban los mas notables escritores con citar las épocas, los nombres de los personajes y lugares, y la sucesión de los hechos, sin adorno de ninguna especie.

» El arte histórico no existía, pues, para los Griegos antes de Herodoto, el cual fué quien primero pasó de la crónica a la historia. Escribir la historia equivale a hacer intervenir en las cosas humanas el pensamiento propio con su discernimiento, su método y su eficacia; y Herodoto fué el primero que dió a los hechos exteriores la forma del arte. No creemos, como alguno ha dicho, que se propuso imitar a Homero; no, pero conoció muy bien que podía someterse la realidad, lo mismo que la tradición poética, a las leyes del ingenio. Esto es lo que dió a su narración aquel vigor y unidad tan constantemente guardados, y lo que le hizo lanzarse atrevidamente a tratar de las cosas humanas, y llegar, sin desviarse un punto, a su objeto como a un puerto seguro.

» Por primera vez conoció la Grecia leyendo a Herodoto, no únicamente los hechos, sino también el arte de la historia, gozando a un tiempo de la sensación y del eficaz lenguaje de lo bello.

» Si en Herodoto es ya perfecto el arte, la sustancia es inmensa y siempre vária. Bajo este concepto no podemos abstenernos de citar a Plutarco y censurarlo altamente. Comienza este sentando algunas reglas generales: dice que el historiador no debe afanarse por contar hechos que no puedan figurar dignamente en la historia, ni trocar la censura y la maldición por la alabanza y el silencio, ni presentar las cosas bajo un mal aspecto, que debe guardarse mucho de atribuir a otras malas intenciones y de dar a los sucesos las causas mas desfavorables; que no debe exagerar

las ventajas peculiares que han impulsado á otro á una empresa, ni atenuar sus dificultades; en fin, que no debe mezclar la hiel de la malignidad con la miel de la amistad. Plutarco aplica estas reglas á la manera con que Herodoto escribe la historia. No le seguimos en los improprios frívolos é injustos que le dirige, pues que en el siglo último ha sido defendido capítulo por capítulo por un miembro de la Academia de las Inscripciones (1): solo citaremos las palabras con que concluye, que son las siguientes: ¿Qué debemos, pues, pensar y decir de Herodoto? Que es un escritor que pinta muy á lo vivo; que su lenguaje es fluido, armonioso y bello; que tiene gracia, artificio y gala en la narración; que, como sucede á todos los poetas cantantes, cuando recita dulce, elegante y delicadamente una fábula, no hay quien la comprenda enteramente ni quien conozca su verdadero objeto, pero conviene guardarse su maledicencia y hajeza como de las cantáridas que vuelan entre las rosas; y no se debe hacer gran caso de las frivolidades que en esta manera de hablar limpia, pulida y bien trabada se insinúan, con el fin de que sin reparar en ello adquiramos opiniones falsas, extravagantes y absurdas, é ideas extrañas acerca de los hombres y ciudades mejores y mas nobles de la Grecia.»

Es singular que tanto Herodoto como Tucídides hayan tenido la desgracia de no ser comprendidos y de ser atacados sin razon. Dionisio de Halicarnaso ha escrito acerca de Tucídides las críticas mas insulsas; censurándolo hasta por el asunto que habia elegido y vituperándolo por haber escrito la historia de una gran catástrofe; y aun es mas asombroso el encontrar tan mezquino é injusto á Plutarco, cuyo juicio en lo demas es siempre exacto y detenido. Pero en la historia de la antigüedad hubo sin duda un tiempo en que los mejores ingenios no podían librarse de la tendencia al sofisma; y ni Séneca ni Plutarco alcanzaron á salvar su vasta inteligencia del contagio de la sofistería y de la retórica.

«¿Y no puedo yo imitar á Herodoto? exclama Luciano. No digo que lograra imitarlo en todo, porque sería demasiado; pero ¿por qué no me ha de ser dado aproximarme á él en alguna de sus perfecciones? ¿por qué no podré yo imitar la gracia de su estilo, la armonía y la dulzura singular de su dialecto jónico, la riqueza de sus pensamientos, y mil otras bellezas que este escritor ha sabido apropiarse, y que causarán siempre la desesperación del que quiera tomarlo por modelo? (Herodoto ó Accio.)» Véase aquí una alabanza luminosa; véase de qué modo la crítica se honra á sí misma. El escritor de Samosata conserva siempre, en sus juicios como en sus burlas, una exquisita igualdad, y por el lenguaje que emplea hablando de Demóstenes y de Herodoto, vemos que tuvo tanta admiración para el genio, como picantes epigramas y crueles chistes para el ridículo.

Pero aun no se ha conocido bastante hasta qué punto, ademas de la belleza de la forma, aparece grande Herodoto por la sustancia misma de sus historias, cada vez que lo comparamos con los que escribieron despues. Se dirá por ejemplo que Diodoro de Sicilia y Dionisio de Halicarnaso tenían mas recta inteligencia y juicio mas sano; pero ¿se encuentra acaso en Diodoro algo que pueda hacer las veces de lo que llamamos crítica histórica? ¿No refiere con frecuencia los mismos hechos que Herodoto? ¿No expone lo mismo que él los orígenes y tradiciones de las sociedades?

(1) La autoridad de PLUTARCO en su tratado *De la malignidad de Herodoto* ha sido demasiado respetada por La Mothe-Le-Vayer (véase su *Juicio sobre los principales historiadores*). El mismo PLUTARCO revela el verdadero motivo de su rencor contra Herodoto, cuando dice ya desde el principio de su diatriba que queria vengar el honor de sus compatriotas, cuyos usos estaban descritos por Herodoto con colores poco favorables. De este modo la voz de la verdad fué sacrificada á la de la vanidad nacional, caso frecuente por desgracia.

¿Y no es siempre Herodoto quien lo aventaja con exceso en el buen sentido y la agudeza? En cuanto á Dionisio de Halicarnaso, tampoco puede decirse que posea noticias exactas acerca de las primitivas tradiciones, ántes bien debemos despojar siempre los hechos que nos trasmite de cierta corteza que los altera.

Si queremos un nuevo ejemplo, tomemos el de otro historiador natural de Chio, discípulo de Isócrates, que se erigió en continuador de Tucídides, y se puso á escribir la historia contemporánea, cuyo héroe encontró en Filipo de Macedonia. A este escritor no le faltaban ni preciosas noticias ni habilidad para escribir; por lo cual los autores que le sucedieron lo citan con frecuencia; pero los juicios de Teopompo eran siempre parciales hasta el punto de no poderse fiar nadie en su modo de ver respecto de los hombres ni de las cosas.

Polibio, despues de haber citado el retrato que hace de Filipo de Macedonia, le reprende por haber comenado su historia con el pomposo elogio de este príncipe, siendo así que en el curso de la narración hace de él la mas calumniosa pintura. «Dudo, prosigue Polibio, que merezca grande aprobación el pensamiento general de Teopompo. Se pone á escribir la historia de la Grecia, comenzándola en el mismo punto donde Tucídides la dejó; y cuando esperamos oírlo describir la batalla de Leuctra y las hazañas mas esclarecidas de los Griegos, da de pronto un adiós á la Grecia, y se engolfa de lleno en las empresas de Filipo. A mi juicio habria sido mas racional ingerir la historia de Filipo en la de Grecia, que no trasegar toda la de Grecia á la de Filipo. Por mucho que á otros puedan deslumbrar la dignidad y poder de un Filipo, no se podría menos de agradecer á un historiador, que hablando de él, pasase como accidentalmente á describir las vicisitudes de los Griegos; pero despues de haber comenado, y aun continuado algun tanto la historia de la Grecia, interrumpirla para referir la de un rey de la especie del Macedonio, es cosa que difícilmente se ocurre á un historiador juicioso.» Teopompo, pues, tropezaba con la dificultad de narrar dignamente las nuevas relaciones de la Macedonia y de la Grecia, mientras Herodoto habia encontrado el secreto de encerrar las vicisitudes de la Grecia y del Asia en cierta unidad majestuosa y sencilla. Herodoto es imparcial en su narración, y sin embargo es Griego, es Ateniese; se vé que tributa á las grandes almas de Temístocles y de los Atenieses una afectuosa veneración; pero su corazón, siempre es justo, y su genio infinito, fuerte y persistente para abarcarlo y comprenderlo todo.

«Uno de los mayores deleites que probamos en la lectura de las *Nueve Musas*, consiste en la variedad de sucesos que se desarrollan á nuestra vista. Herodoto no es un historiador político como Tucídides, ni jurisperito como Polibio; lo abraza todo, lo mismo la naturaleza que la sociedad; describe los rios con igual maestría que los pueblos, y en su obra, todas las fuerzas naturales forman el séquito y la corte del hombre. No podia abrirse mas convenientemente la serie de las historias de la humanidad; la primera historia debia ser naturalmente universal y contener en sí todo. Y esta universalidad primitiva corresponde maravillosamente á las tendencias de nuestro siglo, que colocado en el otro extremo del tiempo, emplea todas sus fuerzas para ofrecer al mundo el conocimiento cumplido de sí propio.»

Dauou en el *Cours d'études historiques* (Paris, Didot, 1843), ocupa los tomos 7, 8 y 9 en hablar de Herodoto, y emite acerca de este escritor un juicio que creemos importante compendiar aquí.

«Los hechos históricos, dice, no se establecen ni determinan sino señalando con exactitud los tiempos y los lugares. Así Herodoto prodigó en su obra las nociones geográficas y cronológicas para que ilustrasen su curso y sus pormenores. Muy lejos estaba de comprender el sistema general de la primera de estas ciencias, pues que se obstinaba en refutar la opinión

de la esfericidad de la tierra, ya admitida por algunos filósofos; no obstante, señaló fijamente la posición de muchos pueblos y países particulares, y supliendo los medios é instrumentos de que carecía con laboriosas investigaciones, muchos viajes, y un atento exámen de los datos y relaciones que podia proporcionarse, fundó realmente la ciencia topográfica, con método, y frecuentemente con exactitud rigurosa. Los antiguos dividían la tierra en Asia, Europa y Libia; de esta solo conocían las partes mas septentrionales que de Occidente á Oriente se extendían desde el Océano Atlántico hasta las fronteras occidentales del Egipto y de Norte á Sur desde las costas del Mediterráneo hasta el trópico de Cáncer ó hasta el Níger; pero Herodoto la dividió en cinco bandas: al Poniente la Mauritania y la Numidia; en medio el África Menor, y mas hácia Egipto, la Cirenaica y la Marmárica. También puede considerarse la Etiopia como libica, tomado este término en su sentido mas lato; pero los antiguos llamaban Etiopia á cuanto les era conocido del interior de África entre el trópico de Cáncer y el Ecuador. Herodoto nos dió sobre este país instructivas noticias; pero lo que describió con mas detención fué el Egipto. Todavía hoy, siguiendo su descripción, se baja por el Nilo desde Maroe entre las cadenas de los montes libicos y arábigos; se visita la Tebáida, el Egipto Central y el Delta; se encuentran los antiguos nomos, los monumentos que han atravesado los siglos y vencido al tiempo, los vestigios y el sitio de los que han perecido; y se adquiere un conocimiento completo y exacto de lo que era el país 500 años ántes de Jesucristo. Mirábase al Nilo como confin entre la Europa y el Asia, contándose á los Egipcios por Asiáticos, cuya parte cree Herodoto mas pequeña de lo que es. De la India tiene nociones muy imperfectas, así como de los países situados al Oriente del monte Imavo y al Norte del Caspio; pero sabe que este mar es un gran lago, aunque muchos siglos despues de él se ha estado suponiendo que se comunicaba con los mares del Norte. Describe también el Asia, donde señala los veinte gobiernos ó satrapías del imperio de Darío; luego hace una reseña de los pueblos que componen el innumerable ejército de Jerjes, y nos da noticias muy circunstanciadas sobre algunos países como la Persia, la Média, la Asiria y la Arabia. Supone á la Europa mas extensa hácia al Oeste de lo que hoy es, y por esto se inclina á juzgarla mayor que el Asia. Circunscribe excesivamente la denominación de Escitia; sin embargo, todavía da grande extensión á la Escitia, y su descripción y la de los países que la rodean es preciosa en extremo por el número de sus particularidades y la exactitud con que señala las posiciones. Con él pueden recorrerse útilmente las costas de la laguna Meótides y del Ponto Euxino, las cercanías del Bósforo de Tracia, la Propóntide, y el Helesponto. Bosqueja la geografía de la Tracia y de la Macedonia, dirige alguna ojeada á la Italia Meridional y á la Sicilia, á la Cerdeña, la Górciga, y al continente Céltico; pero con mas frecuencia habla de la Grecia y aprovecha todas las ocasiones de describir los sitios mas históricos. ¡Lástima que en vez de delinear el conjunto, se haya limitado á topografías particulares! Respecto de los demas países, es el geógrafo mas antiguo, y excepto Estrabon, es el que mejor nos revela el estado del mundo entónces conocido.

Menos avanzada es su cronología, cuya parte técnica apenas conoce. Sabe que el año natural es de trescientos sesenta y cinco dias; pero no dice nada de las variaciones del año civil entre los diferentes pueblos; ni del ciclo zodiacal, por medio del cual remedaban los Egipcios el adelanto de un cuarto de dia en cada año; ni de los meses solares ó lunares, tan diversos entre país y país. De los eclipses que menciona, habla de una manera inexacta, que prueba que no comprendía la causa de tal fenómeno. No hace uso de las olimpiadas; toma por punto de partida la

época misma en que escribe, y cuenta retrospectivamente los años transcurridos desde el suceso que cita hasta su tiempo. Cuatrocientos, setecientos años hace (ἑξ ἑμῆ) dice; expresión que no indica tiempo alguno fijo entre su nacimiento y su muerte. Mide por generaciones los intervalos entre los diferentes hechos, calculándolos como equivalentes á un tercio de siglo, cuyo cálculo aplica á veces á la duración de los reinados. Su cronología es, pues, puramente aproximativa; pero como el encadenamiento y las circunstancias de sus narraciones ofrecen con frecuencia los datos mas exactos, y como Herodoto se cuida mucho de evitar en esto los errores graves, podemos decir que nos presenta el sistema cronológico ménos defectuoso posible en el estado en que se hallaban las nociones astronómicas y las tradiciones históricas; y si se comparan sus hipótesis con las de otros anales, se puede asegurar que él fué quien mejor supo bosquejar y condensar la serie de los tiempos. Las noticias que recibe de otros lo llevan mas allá de los tiempos conocidos, lo que le hace á veces remontarse á antigüedades demasiado remotas; pero en la elección de estos orígenes fabulosos y en la distribución de los hechos de cada edad procede con una reserva y una sagacidad que no tuvieron despues Jenofonte, ni Diodoro Siculo, ni Justino, ni otros, cuyas obras se han perdido, y con arreglo á las cuales se hicieron las compilaciones cronológicas de los primeros siglos de la era vulgar. Las investigaciones de los mejores cronólogos modernos, desde José Escaligero hasta Volney, concuerdan en distinguir ordinariamente como las mas probables las épocas señaladas por Herodoto á los establecimientos, á las revoluciones, á los grandes reinados, y á los acontecimientos principales; pues aun cuando no señala fechas precisas, pone en el mejor camino para hallarlas. Tienden sus narraciones á colocar á Sesóstris hácia el siglo xv ántes de nuestra era vulgar; á Hércules en el xiv; á Teseo y los Argonautas en el xiii; la toma de Troya en 1184; en el xii, la vuelta de los Heráclidas; en el fin del x, á Homero; en el xi, á Licurgo; hácia el año 747, la caída del imperio asirio, el establecimiento del Medo bajo la dominación de Arbaces y Deyóces, y la revolución que colocó á los Mermnadas en el trono de Lidia; en el vii, el reinado de Psamético en Egipto y la tiranía de Gipselo y de Periandro en Corinto; en el vi, las leyes de Solon y las usurpaciones de Pisistrato en Atenas y de Policrates en Samos; la coronación de Darío en 521; en el v, las empresas de este contra los Jonios y los Griegos; en 490, la batalla de Maraton; la exaltación de Jerjes en 485; el combate de las Termópilas y el de Salamina en 480; y el de Platea y de Micala en 478; y en torno de estos hechos principales se agrupan los otros contados directamente ó por incidencia. Su cronología ha sido explicada de diversos modos: Larcher la reemplaza con otra suya propia, y los que han querido introducir en ella fechas demasiado positivas, han corrido el riesgo de citar muchas poco conciliables con el texto. Basta, pues, decir que Herodoto comenzó á abrir los dos ojos de la historia, ilustrando las narraciones por medio de las nociones geográficas y cronológicas que podia recoger y comprobar.

En cuanto al fondo histórico, es preciso distinguir entre los relatos directos y las narraciones accesorias. Los primeros llegan hasta los orígenes del imperio egipcio, y descienden, salvas algunas lagunas, desde Méris hasta Psamético, desposeído por Cambises. En Lidia señalan dos primeras dinastías, la de los Atridas y la de los Heráclidas, y no se amplían sino al llegar á Cresos, quinto y último de los Mermnadas. En la Média comienzan hácia el año 747, y llegan hasta la deposición de Astiáges por Ciro. Nombran los primeros reyes escitas que reinaban en el siglo xv ántes de nuestra era, pero sin continuar los anales de este imperio, y saltando un espacio de novecientos años hasta la expedición de Darío á aquel país. Mas se extienden